

## ALONE

R I C A R D O A . L A T C H A M

---

LA LISTA de obras de un autor suele ofrecer, a veces, títulos bien hallados que los evocan y servirían para definirlos, comentándolos, como esos fondos de retratos que los pintores suelen esbozar detrás de la figura. Se concibe, por ejemplo, una galería de semblanzas necrológicas en que los nombres de D'Halmar, Gabriela, Neruda, Huidobro, se prolongaran con la resonancia de *La sombra del humo en el espejo*, *Desolación*, *Residencia en la tierra*, *Temblor de cielo*.

A Ricardo Latcham le convendría su *Itinerario de la inquietud*.

Es el que mejor lo pinta.

Siempre estuvo en marcha, andando, moviéndose, sin tranquilidad. No hubo ser más distante de esa dicha segura prometida por el filósofo francés al hombre capaz de estarse solo, sentado, en su pieza. Uno de sus primeros actos de orador público fue una conferencia religiosa que dio en un templo, creo que el de San Francisco, ante un auditorio compuesto principalmente de señoras piadosas, Madres de la Iglesia. El último iba a ser otra conferencia que estaba preparándose para ofrecer en Cuba a oyentes entre los cuales abundarían de seguro los "intrínsecamente perversos".

Entre una y otra, ¡cuántas curvas!

Ninguna permitiría acusarlo de inconsecuencia o ambiciones extrañas. Era así, obedecía a su ley, ajena al reposo. Las ideas se le atropellaban y no las conseguía sujetar. También se le salían escapadas las palabras, las frases, las imágenes, con frecuencia, deslumbradoras en cabalgatas donde las fórmulas ingeniosas chispeaban. Su elocuencia trepidante y continua, alimentada por una memoria prodigiosa, hacía difícil imaginárselo entregado a la lectura. ¿Cuándo, dónde, cómo? Sin embargo, de allí tenía que venir la caudalosa fuente de su erudición, el manantial de su saber; porque el de su palabra atajaba el que,

con la suya, le hubieran aportado los demás. Había que verlo. Y oírlo. Iba, venía, cogía un libro, hacía una observación, la dejaba en suspenso para intercalar otra, levantaba la mano para que no lo interrumpieran y, aun estando en silencio, su rostro sonreía, movía los labios, abría la boca, porque ya la réplica inminente lo apremiaba.

Como tan a menudo sucede, llegó a la crítica literaria, pedestal de su renombre, después de cruzar por la poesía y el relato novelesco.

Hay un poema suyo, de extremada delicadeza, con un sentimiento impalpable y singular, que incluyen *Las cien mejores poesías chilenas*. De unos recuerdos personales que estaba evocando y que dejó inconclusos se desprendió un trozo, *La sombra del abuelo*, para una antología. Cuando se cuidaba, cuando ponía interés y voluntad, salían de sus manos páginas maestras. No pudo decirsele, como es de regla con los críticos, que eligió este género por impotencia. Pero siempre estaba de prisa, apurado por su terrible itinerario. La enseñanza, ese molejón, la política, esa corrida de toros, el periodismo, la diplomacia, los viajes, giras continentales y compromisos se lo repartían para desgastarlo hasta el agotamiento. Será preciso espigar en lo suyo, calificar y clasificar mucho antes de formar el volumen que lo representa en plenitud. Aun así, es de temer que no haya nada concluido y que valga lo que pudo ser, con líneas definitivas, sin ensayos, jadeos ni cortes.

Las líneas hereditarias complicadas en su temperamento, no dieron un tejido compacto, una tela resistente. El que estudie y quiera organizar su producción vastísima para sacar de allí la síntesis de su persona, la clave de su carácter y su talento, deberá empezar por *La sombra del abuelo*, reminiscencias infantiles que debían abrir un libro de memorias.

“Abuelo Tomás —citamos— está ligado a una casa antigua, polvorosa, a unos muebles grandes como catafalcos, a un vetusto sillón destartalado que hacía marco a su tosca estampa de marino inglés. Recuerdo también un patio interior donde dominaba un gran naranjo que se vestía de gala, embalsamando el patio como una novia frutal. Allí estaba la pieza vieja y sombría cual la bodega de un barco. Abuelo Tomás prendía siempre una estufa. Yo no sé por qué semejaba un anticipo del infierno para los dos o tres chicos de la mansión. Como un viejo pirata cansado de peregrinar por el lomo del mar y con el alma tatuada de paisajes, el abuelo declinaba en ese historiado mueble, último barco en que acunó su fantasía sajona”.

Contrasta con el viejo rudo y malhumorado, temido y añorante, una figura femenina hecha de dulzura, diseñada al pastel, graciosa de simpatía arcaica:

“La abuela vivía en el otro patio, amortajada en sus trajes negros de la época victoriana. De un patio a otro descendían insensiblemente los grados de la cordialidad. La abuela, dulce y fina viñeta de otra edad, conservó siempre la tersura de un rostro blanco y lechoso, que no mancilló el cosmético, ni aun el suave realce de los polvos de arroz. Señorial y bondadosa, su vida se disolvía dulcemente como una antigua canción que se lleva el viento. Algo, empero, los unía: la religión puritana”.

Eso trajo la desunión y, acaso, la primera trizadura en el alma del niño.

“Para mí —continúa— educado en el catolicismo suntuoso y ritual por la austerísima tía Mercedes, la casa de los abuelos me dejó siempre un hueco en el corazón. El Dios de ellos era más duro, más victorioso que el suave Dios de los villancicos monjiles y de las mil canciones místicas y amorosas con que lo honraban las Clarisas. Nunca el Dios puritano me dio vuelcos en el corazón, ni jamás tuvo virtudes, ni surtidor, ni roscas, ni dulces, ni flanes, ni canciones gratas”.

Todo eso, puritanismo, austeridad, catolicismo, ritual y culto suntuoso, debió ir dejándolo atrás el niño que dejaba de serlo para tomar su propio itinerario. No sorprende que careciera de quietud.

Ricardo Latcham tenía una sensibilidad muy viva para el ambiente. No sé cómo se manejaría en la Cámara de Diputados. Supongo que en la cátedra estaría mejor y, más todavía, en los salones y las antesalas de los diplomáticos, pese a su don verbal. A mí me tocó tratarlo durante un tiempo en casa de un amigo común que nos invitaba, con otros, a comer. En cierta época, asistió a esas reuniones, las más agradables de que guardo memoria, otro escritor, periodista y accidental político: Jenaro Prieto. Sea influjo de los anfitriones, sea estímulo del ingenio de Jenaro, sea conjunción de fluidos favorables, esos que algún día se captarán, como las ondas de radio, el hecho es que la vivacidad de Ricardo Latcham irradiaba, su conversación era un chisperío y todos disfrutábamos de la fiesta. No había sino que escuchar. Como la residencia de nuestro amigo estaba algo distante, vecina a la Quinta Normal, salíamos los tres juntos; entonces, Ricardo Latcham cambiaba. Era algo inmediato, que se producía en la puerta de calle. Diríase que allí le hubieran quitado a su instrumento una cuerda. Seguíamos rumbo a la Alameda. Jenaro nos dejaba a medio camino y nuevo cambio, nuevo tono de Latcham, otra cuerda en su registro. El hecho se repitió tantas veces que ya contaba con él y no me sorprendía. Ahora aprecio lo que revela de respuesta vibrante a la atmósfera e imagino las peripecias que en una existencia, como la

suya, tan movida, debió sufrir su ánimo para afrontarla. Creo que en la última parte de nuestro camino solitario. Latcham guardaba silencio.

Acaso esas antenas para percibir lo imponderable le hacían cambiar, lo obligaban a moverse y lo mantuvieron, pese a sus males físicos, extrañamente joven de inteligencia hasta el fin y en contacto con las nuevas generaciones. Ha muerto de sesenta y dos años; pero nunca pareció viejo. Las inquietudes no lo desviaron, hay que reconocerlo, de una dirección fundamental: la izquierda. Era de avanzada y lo fue sinceramente, hasta el fin.

Tal vez por eso no nos entendimos demasiado.

La diferencia de temperamento no impedía, sin embargo, que en cierta órbita, coincidiéramos. Y llegada esta hora de melancolía, cuando tantos tañidos llaman una y otra vez a final, es para mí una satisfacción haberle podido demostrar a mi difícil colega en determinado instante, cuando un voto decidía una elección, que el valer auténtico y la categoría literaria priman a veces, incluso en la quisquillosa grey, sobre sólidas amistades y viejas enemistades.

Todos esperábamos, vagamente, que Ricardo Latcham, con ese vasto saber acumulado, con ese talento deslumbrador, moderara algún día sus inquietudes, y, recogiéndose, realizara dentro de la amplitud debida, la obra de que era capaz. No calculábamos que el reposo iba acercándose y que el itinerario de su inquietud bordeaba ya los límites donde lo depositarían bajo esa inscripción que le conviene tan poco, que pudo haber aguardado más: R. I. P.

(*El Mercurio*, Santiago de Chile, 31 de enero de 1965).